

Globalización

La crisis del fin de siglo

Erick Pernet García

En los albores del siglo XXI, el mito de la Globalización se esfuma como por encanto sembrando de incertidumbre y desesperanza el nacimiento del nuevo milenio y legando un panorama de inestabilidad y crisis económica internacional sin precedentes, que se profundiza desde principios de esta década luego de la desintegración soviética en diciembre de 1991, inaugurando una secuencia eslabonada de devaluaciones regionales: se inició en México con el llamado efecto *tequila* en 1995, continuaron en Asia Pacífico con el *efecto dragón* desde mediados de 1997, en Rusia con el *efecto vodka*, en agosto de 1998; en Brasil con el *efecto samba*, en enero de este año, amenazando a China, y debilitando todos los mercados emergentes, sin perdonar las economías mas industrializadas como Japón, sumido en una fuerte recesión; Europa, amamantando insegura el recién nacido Euro y donde la fortaleza de la economía norteamericana, aun se lucra del desplome de sus socios y resiste ante la debilidad de los mercados externos.

En la antesala del tercer milenio, mirado desde una perspectiva histórica muy amplia, el siglo XX aparece como un siglo de grandes entelequias —en el sentido formulado por Aristóteles— a este concepto, como “una entidad que tiende a la perfección o ya la ha alcanzado”, por

ende algo irreal o inexistente, y donde la Globalización, surge como la última entelequia en el ocaso de este siglo.

Con la Primera Guerra Mundial se construye una gran entelequia, para presentar la guerra como una guerra justa, como la gran guerra, que pondría fin a todas las guerras.

Con el final de la guerra, se evidenció la magnitud de la tragedia. Se trataba de la mayor destrucción material y humana acaecida hasta entonces en la historia, con una Europa derruida y sembrada de cadáveres, sobre cuyos despojos se consolidó el verdadero trasfondo geopolítico del conflicto, la destrucción de los cuatro imperios euroasiáticos: el alemán, el austro-húngaro, el ruso y el otomano; la decadencia de la hegemonía europea y el surgimiento del imperio norteamericano.

Esto evidenciaba que la gran guerra había sido un conflicto entre imperios por la conquista de intereses imperiales y, además ella constituía el germen de otra nueva guerra planteada en 1918 en el propio Tratado de Versalles: la Segunda Guerra Mundial; que para legitimarse dio paso a la construcción de otra nueva entelequia en el corto interludio de dos décadas, marcadas por los ascensos de Mussolini en 1922, de Stalin en 1928 —con el destierro de Trotski—, de Hitler en 1933 y por el reparto de Europa entre estos dos contrincantes con el *Pacto Mólotov-Ríbbentrop* en 1939.

Entre las ruinas de la Primera Guerra Mundial y el derrocamiento del zarismo ruso, que dio vida a la Revolución Bolchevique de 1917, se originó otra gran entelequia: la del socialismo. Legitimado desde 1936 en el VIII Congreso de los Sóviets, reunido por Stalin en Moscú, que aprobó el proyecto de Nueva Constitución de 1924 proclamando la edificación y existencia del socialismo en la Unión Soviética y su tránsito hacia el comunismo. Es decir, la existencia de una sociedad sin clases, donde había desaparecido la explotación del hombre por el hombre y donde la burguesía y los terratenientes habían sido eliminados, dando paso a la dictadura del proletariado.

Y paradójicamente, esa entelequia se construía sobre el pensamiento de Carlos Marx, olvidando u ocultando su tesis centrales sobre la idea de que una sociedad comunista, como él la llamaba, sólo podría surgir sobre la base de un capitalismo altamente desarrollado y

totalmente internacionalizado a nivel mundial, y no dentro del esquema de un socialismo regional y autárquico, en un país predominante feudal y atrasado, como lo era la Rusia de esa época, en contraste con un Occidente mas industrializado.

A su vez, la entelequia del socialismo permitió construir otra nueva entelequia para justificar la Segunda Guerra Mundial y las posteriores alianzas de ese socialismo, primero con el fascismo y luego con el capitalismo, hasta legitimar los horrores de la conflagración.

Para mediados de los años ochenta, cuando la entelequia del socialismo se había desacreditado a lo largo de medio siglo, con el desgaste de la *Guerra Fría* y de la confrontación *socialismo-capitalismo*, fue necesario plantear otra nueva entelequia, para demostrar ese socialismo inoperante.

Se plantea entonces la necesidad de modernizar y humanizar el socialismo. Surgen la *Perestroika* y el *Glasnost* de Mijail Gorbachov como esa nueva entelequia, para ocultar la corrupción y el enriquecimiento de la nomenclatura del Partido Comunista Soviético y legitimar sus intereses en el desmonte del viejo socialismo y en la imposición de otra Constitución que negara todos los principios comunistas de la Constitución del 36, para dar luz verde al neocapitalismo brutal y ostentoso que terminó imponiéndose.

Finalmente, la *Perestroika* no sobrevivió siquiera un lustro, a pesar de la acogida y el despliegue internacional con que fue enterrada sin pena y sin gloria junto con el prestigio y la fama de su novel progenitor, después de realizar entre 1989 y 1991, su principal objetivo geopolítico estratégico: el derrumbe del llamado Bloque Socialista.

La desintegración del socialismo generó entonces la necesidad de una nueva entelequia: el *Nuevo Orden Mundial*. En noviembre de 1989, cuando se producía la caída del Muro de Berlín en Europa, el presidente George Bush proclamó el surgimiento de un *Nuevo Orden* y Francis Fukuyama en su artículo sobre el fin de la historia, fundamenta esta idea que partía de reivindicar el triunfo del capitalismo y la derrota del comunismo y, por lo tanto, el surgimiento de un nuevo mundo mas igualitario basado en las instituciones liberales y construido sobre la lógica del mercado capitalista.

Sin embargo, el caos y el desorden que siguieron a la caída de la Unión Soviética en 1992, la guerra en Chechenia, la descomposición de Yugoslavia, las guerras en África, y la recesión económica internacional, demostraron que no se estaba construyendo un orden, sino que el mundo se debatía en uno de los más grandes desórdenes que conocía la historia. Era necesario desmontar la entelequia del Nuevo Orden y construir otro bajo una versión más renovada y una lógica más coherente a lo que estaba ocurriendo. Surgió entonces la entelequia de la Globalización.

I. La Globalización

Apareció como la apología del capitalismo de fines de siglo, como rectificación del mercado mundial, que se presentaba como un dios todo poderoso y como una panacea que iba a dar solución a los males heredados del pasado. Con ella, la política neoliberal aparecía como el derrotero pragmático de esa nueva entelequia, que convertía así al neoliberalismo en su fundamento ideológico y su contrapartida racional.

La Globalización se presentaba entonces como un sistema cualitativamente diferente, como una ruptura histórica que partía la historia económica mundial y daba paso a lo que Peter Drucker no temió en llamar la *sociedad post-capitalista*. Ese sistema novedoso iba a introducir procesos inéditos de homogenización de regiones, naciones y sociedades; iba a producir la formación de un todo único global equilibrado e iba a superar los desequilibrios y las desigualdades, solamente con la condición de que esas regiones, estados y sociedades se incorporaran a la marcha del mercado mundial y cuya integración se garantizaría por medio de ajustes, de aperturas y mayor liberalización económica, fundamentalmente en los países del llamado *Tercer Mundo*.

En junio del año 1997, el presidente del Fondo Monetario Internacional (FMI) no dudó en lanzar la consigna de la segunda generación de apertura y reforma, es decir de la segunda ola de globalización que necesita el mundo para entrar definitivamente en esa sociedad más armónica y más organizada. La Organización de Cooperación Económica (OCDE), que agrupa a los países más industrializados, ha planteado que para el 2020 el proceso de globalización habrá eliminado la mayor parte de la pobreza en el

mundo, y que por lo tanto se precisa solo de paciencia y tiempo para disfrutar los resultados de este paradisíaco proceso de apertura del mercado.

El proceso aparece entonces como un evento ascendente y continuo de superación, como un modelo global de integración, en el cual el FMI y el Banco Mundial (BM) juegan el papel de directores y líderes en su orientación exitosa. Aparece también como un proceso interactivo e irreversible, sin alternativas, como una especie de fatalismo histórico que conduce a un mundo mejor de todos modos.

Esa visión de la Globalización, conocida como la versión sistémica, como un sistema cualitativamente nuevo, que rompe con el pasado e instauro un promisorio futuro, no tardó un lustro antes de empezar a resquebrajarse luego de mostrar sus grandes limitaciones.

No solamente de los llamados sectores de izquierda han surgido importantes cuestionamientos al proceso de globalización en el mundo. En su *Informe sobre Desarrollo Humano*, publicado por Naciones Unidas en 1997, esta organización ya formula serias inquietudes frente a la Globalización. El llamado índice de desarrollo humano, señala que en cerca de 30 países ese índice de desarrollo se redujo este año con relación a los períodos anteriores. Según datos del Informe, el 20% más pobres de la población del planeta ha reducido su participación en el ingreso mundial, de un 2.3% en 1960, al 1%. ¿Cómo se distribuye entonces el 99% de la riqueza global? Las mismas Naciones Unidas aportaron recientemente un dato muy dicente, según el cual, cerca de 350 multimillonarios poseen el ingreso y la riqueza de mas de 2 mil millones de personas pobres del planeta. ¡Sólo 350 multimillonarios! Ahí está la clave a esta pregunta: un mundo plétórico de riqueza apropiado por un minúsculo grupo de magnates.

El mencionado informe, señala que la pobreza de ingreso —uno de los parámetros que el Banco utiliza para medir los niveles de pobreza en el mundo—, en la que se agrupan aquellos rangos de población con ingresos inferiores a 1 dólar diario —cerca de mil cuatrocientos peso diarios—, afecta en la actualidad a más de 1,300 millones de personas, es decir, a cerca de una quinta parte de la población mundial.

Otro parámetro, el de la pobreza humana, es decir, esa pobreza de opciones y oportunidades en cuyo cálculo se incluyen cifras sobre la brevedad de la vida, la falta de enseñanza básica, la falta de acceso a

recursos públicos y privados, afecta según Naciones Unidas, a más de la cuarta parte de la población en los países llamados en desarrollo. Para el caso del Asia meridional y del África al sur del Sahara, la cifra se eleva a cerca del 40%.

El coordinador del informe textualmente expone lo siguiente: "Casi mil millones de personas son analfabetos; bastante más de mil millones carecen de acceso a agua; unos 840 millones padecen hambre o hacen frente a la inseguridad alimentaria; y se estima que casi un tercio de los habitantes de los países menos adelantados, la mayoría de los cuales viven en el África del sur o del Sahara, no sobrevivirán hasta los 40 años de edad".

En América Latina el informe indica que la pobreza de ingreso afecta a más de 110 millones de personas, de sus más de 400 millones de habitantes, cifra que según datos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), aparece un poco recortada.

Estos datos son de por si bastante elocuentes. Es interesante destacar, que ya en el propio informe se plantea la necesidad de iniciar lo que le Banco denomina, una gestión de la globalización. Gestión que busca responder a las múltiples evidencias de que la globalización ha multiplicado las desigualdades, aumentando al máximo la brecha en la totalidad mundial entre ricos y pobres, y que en el escenario internacional ha multiplicado también las desigualdades entre países desarrollados y países atrasados.

Los solos datos de Naciones Unidas, indican que la visión optimista y redentora con que fue presentada inicialmente la Globalización a mediados de esta década, ha entrado en crisis y se ha vuelto insostenible, mostrando el desgaste de esta entelequia, que debe dar paso a otra nueva al final de siglo.

La crisis global actual, acelerada a finales de esta década y que se extiende por un mercado mundial cada vez mas interconectado e interdependiente, afectando a todos los países y regiones del mundo, ha empezado a mostrar el otro lado oscuro de la Globalización.

En el ocaso del siglo XX, transcurrida casi una década después del derrumbe del llamado Bloque Socialista, junto con la desintegración de la Unión Soviética, corrido mas de un año de haberse iniciado la crisis financiera del Asia Pacífico a fines de 1997, el recuerdo de la

Depresión de los años treinta, vuelve a estremecer los principales círculos financieros internacionales, ahora amenazados por el fantasma de la propia Globalización.

Como resultado de la acelerada globalización e internacionalización de los mercados regionales, los efectos expansivos de la crisis asiática, luego de derrumbar a los denominados entonces *Tigres Asiáticos*, arrasó la economía japonesa en el corazón financiero de ese bloque regional, y generó un efecto dominó, que devaluó la economía de Rusia, se propagó a los mercados emergentes de Asia, Europa Oriental y América Latina, hasta alcanzar a Brasil y demás centros mundiales de poder, incluido EE.UU., estremeciendo los cimientos del sistema económico mundial, y poniendo en cuestión todas las ventajas de la Globalización, al develar el peligro de contagio planetario, que amenaza expandir los virus dispersos en sociedades enfermas, convirtiéndolos en una epidemia global.

Es interesante observar una tendencia a la disminución en la duración del ciclo de vida de las grandes entelequias a lo largo de este siglo a medida que se acerca su final. Si comparamos, por ejemplo, los 50 años de existencia del socialismo, con el lustro que sobrevivió la *Perestroika*, y luego con los cortos años de vida que alcanzó la del *Nuevo Orden Mundial*, y la actual de la Globalización, parece probable que para iniciar el siglo XXI, sea necesario crear otra nueva entelequia para reemplazar esta última; la cual podría eventualmente construirse sobre figuras del *Nuevo Milenio*, o la *Nueva Era*, u otras versiones místico-religiosas, que tienden a sacralizar la crisis mundial.

II. Globalización e historia

Miremos ahora el fenómeno de la Globalización desde una óptica menos sistémica y situémonos en un enfoque de tipo más histórico y dimensional.

Desde esta perspectiva, la Globalización aparece como una fase o etapa inacabada de un proceso histórico en desenvolvimiento, que dará necesariamente paso a nuevos fenómenos. No es por tanto, ni el principio, ni el fin de la historia, sino el resultado de otras grandes mutaciones de este siglo, como la Primera y Segunda Guerra Mundial, la desintegración del Bloque Socialista y otras, las cuales tienen sus

propios antecedentes en procesos históricos anteriores. No es, por lo tanto, un sistema nuevo, sino una fase más compleja, inherente al desarrollo del sistema capitalista en sus dos largos siglos de existencia a partir de la Revolución industrial en Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XVIII. Cuando hablamos de Globalización, metafóricamente podríamos pensar en algo que se extiende y expande sobre el globo, algo que lo cubre y se superpone, modificando su superficie y transformándolo. ¿Qué es aquello que se globaliza y adquiere carácter global? ¿Cómo se globaliza? ¿A partir de cuándo y de qué manera se produce la globalización? Serían preguntas que nos podríamos plantear desde una óptica histórica.

La década de los 90 constituyó el decenio de las grandes transformaciones geopolíticas: la desintegración de la Unión Soviética junto con su área de influencia y el advenimiento del actual proceso de reordenamiento económico mundial en transición, donde el mundo parecía orientarse hacia una estructura global multipolar, configurada a partir del surgimiento de nuevas potencias regionales; EE.UU. con el liderazgo económico, político y militar, y Japón y Europa con un importante peso financiero y tecnológico.

Sin embargo, el agravamiento de la crisis asiática y su expansión internacional hasta Rusia y Brasil, los mercados emergentes y el conjunto de la economía mundial, al final de esta década, parece mostrar la quiebra de esa estructura multipolar y el eventual fortalecimiento hegemónico del poder norteamericano, que ha ganado terreno rápidamente sobre las posiciones más débiles de Europa y Japón, en un contexto internacional de inestabilidad financiera, marcado por fuertes tensiones y conflictos políticos y militares en diferentes regiones del mundo, donde China se mantiene como una potencia regional, económico-militar y, Asia y Rusia como una potencia político-militar decadente, debilitada por la bancarrota económica.

A finales de esta década, la Globalización ha desencadenado un proceso recesivo en la economía mundial a partir de la debacle asiática, que generó una recesión internacional y genera una relación de causalidad y secuencia lógica entre estos momentos de crisis: desde la devaluación de México en diciembre de 1994, la crisis asiática, en que desemboca la economía mundial desde julio de 1997, con la devaluación del bath tailandés; el posterior derrumbe del llamado bloque

asiático, a partir de octubre de ese año; la quiebra de la economía y el rublo en Rusia, en agosto de 1998 y la internacionalización global de la crisis entre septiembre y octubre pasados, hasta la devaluación del real brasileño y la desestabilización del yuán chino en enero de este año.

La tendencia depresiva de la crisis internacional, potenciada por la acción expansiva de la Globalización, abre entonces la posibilidad de una recesión mundial, que podría convertirse en depresión generalizada, como resultado de la incapacidad del mercado mundial para digerir la sobreproducción de mercancías e inversiones generadas en la región del Asia pacífico y Brasil, o generar un metabolismo económico más complejo, que permita revolucionar las condiciones actuales de la crisis y construir un orden social nuevo.

III. Globalización y narcotráfico

La creciente globalización del mercado mundial, junto a la profundización de la crisis económica, agudiza la competencia entre capitales multinacionales por el control monopolístico de las diferentes ramas de la economía global y acelera su tendencia natural a la centralización internacional del capital.

Las armas, el petróleo y los narcóticos constituyen tres de los negocios más rentables que mueven la economía mundial en el actual contexto de recesión económica generalizada de fines de siglo. Sus intereses indisolubles se articulan por la dinámica de la guerra, que ronda todos los rincones del planeta donde existen reserva del crudo y plantaciones de marihuana, coca o amapola, conformando circuitos invisibles que penetran las principales esferas de la economía y el poder, a partir de un trípode macabro, sostenido por la producción y tráfico de armamentos, tras un oscuro mercado que coloca a las regiones productoras, en el ojo de la tormenta creada por los intereses geopolíticos de las potencias dominantes.

IV. Globalización: Presente y futuro

Las perspectivas y el curso de la globalización, están determinadas en gran parte por el grado de desarrollo potencial alcanzado actualmente por ciertos procesos estructurales que determinan la dinámica del mercado global, tales como: el ciclo

económico mundial, la dinámica tecnológica, la centralización del capital, la disminución de las tasas de crecimiento económico mundial, la crisis ecológica o la crisis espiritual, entre otros.

El ciclo económico mundial, expuesto como ese proceso periódico de contracciones y expansiones cíclicas de la economía capitalista, que después de la floreciente expansión económica impulsada por la postguerra desde 1945 hasta fines de la década del sesenta, ha entrado en una fase de contracción general, a partir del último cuarto de siglo, con las recesiones internacionales de principios de los años setenta, ochenta y noventa, a las que se suma la originada actualmente por la *crisis asiática* y que, no presenta perspectivas claras de recuperación para el final de siglo.

En efecto, cuando la economía mundial apenas se recuperaba lentamente de la recesión iniciada en 1990, el desencadenamiento y expansión de la *crisis asiática* al conjunto del mercado global en 1998, ha dado inicio a otra nueva recesión a fines del milenio. Con el agravante, de que una nueva recuperación para principios del siglo XXI, enfrentará dificultades mucho mayores y posibilidades más restringidas para su reactivación que las preexistentes a principios de esta década, pues el crecimiento de la pobreza mundial y la inexistencia de nuevos mercados periféricos, como los que se abrieron en la ex-Unión Soviética y el resto del Bloque Socialista, para exportar la crisis de Occidente, ya no existirán; lo cual hace temer la posibilidad de otra nueva depresión mundial, de magnitud y alcances superiores a la de los años 30, que podría eventualmente conducir a una quiebra del propio mercado.

La dinámica tecnológica, cuyos recientes avances en informática y microelectrónica anuncian el surgimiento de una nueva revolución tecnológica orientada hacia la automatización total de la producción, que se ve frenada por el crecimiento del capitalismo actual, quien al marginar del proceso productivo gran parte de la fuerza de trabajo mundial, incrementa el desempleo y la pobreza, junto a la concentración excesiva de riqueza, profundizando con ello, la crisis económica y el conflicto social.

Con la creciente robotización y automatización, que están transformando los procesos productivos y generando acelerados cambios en los medios de transporte y de comunicaciones —base fundamental de la propia Globalización—, el capitalismo no solo

reemplaza el trabajo manual por el mecanizado, sino que con la revolución inteligente, tiende a reemplazar también el mismo trabajo intelectual y abre perspectivas de desemplear no solamente la mano de obra no calificada, sino a un sector importante de trabajadores calificados, reduciendo las posibilidades de consumo del mercado.

La centralización y la expansión del capital, cuyos desarrollos en el último cuarto de siglo, muestran que especialmente a partir de los setenta y como resultado del resurgimiento de la crisis, la economía mundial ha ido concentrándose en forma cada vez más acelerada en manos de unas 400 empresas transnacionales, cuyo poder económico y político supera al de los mismos estados nacionales; y que ya controlan más de una tercera parte del mercado mundial en el que, sin embargo, sólo ocupan menos del 1% de la fuerza laboral del planeta, gracias a su desarrollo tecnológico, proceso que va paralelo no sólo con la concentración de una mayor riqueza en pocas manos, sino con la expulsión creciente de mano de obra y su consiguiente pauperización, debido a los mencionados niveles de automatización y robotización que controlan esas mismas empresas.

Consecuencia de todo esto, es el proceso de empobrecimiento y marginalidad de la población mundial, que tanto preocupa a las Naciones Unidas y el BM, originado por el aumento del desempleo y del crecimiento demográfico. Así, la *Cumbre de Población* celebrada recientemente en China, pronosticó que dentro de unos 50 años, para mediados del próximo siglo, la población mundial se habría duplicado, de los 6 mil millones actuales, a más de 10 mil millones, con el consiguiente hacinamiento y mayor deterioro ambiental en el planeta. Si a esto se suma el creciente desempleo originado por la tecnología, no garantiza ni el empleo, ni el mejoramiento de las condiciones de vida de las nuevas generaciones.

La disminución de las tasas de crecimiento económico mundial, pues si en el mencionado período de expansión 1945-1970, el crecimiento mundial se desarrolló sobre un promedio global de 5% del Producto Interno Bruto PIB, 5.2% en América Latina, 5.4% en el Pacífico Asiático y 5.0% en la Unión Soviética, durante el último cuarto de siglo el PIB mundial, es decir la riqueza creada, se redujo a un 3.5%, y donde los países industrializados, decrecieron a niveles negativos inferiores al 2%, o sea, -2%. Con lo que el 3.% alcanzado se debió

fundamentalmente al crecimiento de los llamados mercados emergentes, particularmente los de Asia Pacífico, que como China y los *Tigres Asiáticos*, alcanzaron crecimientos promedios superiores al 7%, pero que paradójicamente, exceptuando a China y Taiwan, ahora se hunden con decrecimientos negativos de menos del 7%.

Esta tendencia a la reducción de la rentabilidad y los beneficios en las inversiones productivas, ha generado como contrapartida, el desplazamiento de esas inversiones hacia sectores especulativos, lo que, a su vez, ha producido el reforzamiento de los denominados *capitales golondrinos* junto con su acción desestabilizadora en el ámbito internacional. Ejemplos claros: la debacle de México en 1994 y la crisis financiera del Asia pacífico, la posterior bancarrota de Rusia y la amenaza de quiebra que se cierne sobre las principales economías latinoamericanas como Brasil, Argentina, Chile, Venezuela, o Colombia, desde mediados de este año.

La crisis ecológica mundial, que hace insostenible el desarrollo de la industria moderna dentro de los marcos y capacidades de la naturaleza, corroe los cimientos materiales del propio sistema; deteriorado por la contaminación acelerada del medio ambiente, y como resultado inevitable del metabolismo tecnológico, amenaza el fundamento de la vida misma; por la superpoblación de los países llamados tercermundistas, donde se hacían siete de cada ocho, de los más de seis mil millones de personas que habitan el planeta, por el agotamiento de los recursos naturales, cuya irracional depredación asfixia la continuidad de la propia reproducción tecnológica, al agotar sus fuentes de abastecimiento.

La crisis espiritual sin precedentes, que evidenciada en la decadencia moral de estos años oscuros, corrompe los valores fundamentales de la propia civilización mercantil y avanza incontenible, junto con el deterioro material en las condiciones de vida de la mayoría de la población del planeta, con la desilusión que legó para muchos la caída del llamado *socialismo* y donde el imperio de la droga, la búsqueda del dinero fácil y un nihilismo pragmático, se han convertido en sucedáneos de un mundo sin futuro, que legitiman la deshumanización, criminalización y corrupción generalizada que marcan el epílogo de este siglo y cuyas perspectivas sólo anticipan la construcción de nuevas entelequias.

Mirado desde estas perspectivas, el proceso de internacionalización del capitalismo acelerado después de la caída del Bloque Socialista, popularizado mundialmente en este último lustro, con el nombre de Globalización y que ha conducido a la creciente homogenización o estandarización internacional de un sistema de relaciones culturales, económicas, políticas e ideológicas, dominadas por los centros de producción mundial del capital, ha demostrado, particularmente en este final de siglo, su incapacidad estructural para resolver los problemas del hombre contemporáneo, al conducir la sociedad mundial a un callejón sin salida, naufragando en la abundancia de su tecnología y su riqueza.

[Extracto tomado de «REVISTA ANALISIS», Medellín, Colombia, Vol 2 (1, 1999), pp. 9-22]